

El Comercio

EDICION DE LA MAÑANA

24 MAYO 1959

17

El laberinto y el hilo

Una temporada y la ciudad

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Con la presencia del maestro Heinz Unger en el podio de la Orquesta Sinfónica Nacional se iniciará a fines de mes la temporada musical que ha organizado para este año el Consejo Nacional de Música. Y aunque se adelantan opiniones sobre la calidad de los artistas que figuran en el cartel, hay una verdad que difícilmente puede ser discutida: la entidad que ha proyectado el ciclo, verdadero patronato cuyos integrantes poseen amplia solvencia moral y no menor interés por el fomento de la cultura, ha logrado que una veintena de firmas de la industria, la banca y el comercio asuman la responsabilidad financiera del programa y lo hagan, además, sin el menor provecho lucrativo o publicitario. Se trata, más bien, de un desprendido gesto de cooperación en la inmensa tarea de infundirle vida al movimiento artístico limeño, tan pobre de suyo, que toca a todos los elementos conscientes de una sociedad moderna.

No debe desconocerse u olvidarse que sólo desde enero del año en curso el Consejo Nacional de Música está en funciones y que, tal vez por gravitación de un desgano inveterado, resulta más que difícil hacer marchar entre nosotros una organización de objetivos meramente culturales. En tal sentido, el señor Jaime Bayly ha sido activo y eficiente en la labor que las autoridades encomendaron a su buena disposición para el trabajo cultural, íntimamente relacionado, como es inevitable, con la planificación económica minuciosa y cauta. De ahí que merezca un reconocimiento público especial el empeño que puso en obtener un respaldo financiero y en el éxito que en ese aspecto ha conseguido.

En realidad, no hay nada más sencillo, que se ejecute con mayor éxito y gane más rápida audiencia, que la crítica a los planes que se trazan aquí por el arte y la cultura. Cuando la empresa "Ars Nova", dirigida por el señor José Durand, convirtió a Lima en una capital continental de la música, y aún del teatro de gran espectáculo, su suerte estuvo librada al esfuerzo personal de su promotor y de los pocos colaboradores que lo rodeaban. El chisme irresponsable, la burla sangrienta pero oculta, el ataque demoleedor, no fueron ajenos a la lamentable desaparición de una realidad tan promisoriosa. De otra parte, le faltó a aquella hermosa aventura el apoyo material de quienes podían darle dinero y medios concretos. Y así sucedió y sucede con muchos otros casos ejemplares.

No es por ello raro que a la temporada del Consejo Nacional de Música que comienza a existir, que es un boceto de futuros progresos, le menudeen los comentarios ácidos, muchas veces improvisados. Para el que ama la cultura y desea que nuestra patria no vaya a la zaga, ya no de las naciones de civilización consolidada, sino de los países vecinos, es un deber moral defender al Consejo Nacional de Música, prestarle una franca colaboración, auxiliarlo en la medida de las personales posibilidades de cada cual. Lo que no significa ser indulgente con sus fallas. Todo lo contrario, la crítica debe venir, indefectiblemente, después de la obra, con el propósito de enmendar lo errado y corregir el rumbo para el porvenir. De tal modo se expresa el amor o la auténtica afición.

En el tablado del Teatro Municipal, conjuntamente con la Orquesta Sinfónica Nacional, desfilarán entre el 29 de este mes y el 4 de setiembre Heinz Unger, Krowacensky, José Iturbi, Teresa Quesada, Hans Momer y otros nombres de valor. Un abono se ha puesto a la venta. Y él constituye una apelación a la sensibilidad de una ciudad que parece dormida y que ahora tiene la oportunidad de demostrar que una buena temporada musical no la deja indiferente, pese a que su sueño tiene el estímulo de quienes sólo actúan por sí, por sus caprichos, por sus satisfacciones.